

EL MISTERIO DE LA PALABRA (Jn 1,1-18)

¹ En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. ² Ella estaba en el principio junto a Dios. ³ Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada lo que se hizo ⁴ en ella era la vida y la vida era la luz de los hombres, ⁵ y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron. ⁶ Hubo un hombre, enviado por Dios: se llamaba Juan. ⁷ Éste vino para un testimonio, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él. ⁸ No era él la luz, sino quien debía dar testimonio de la luz. ⁹ La Palabra era la luz verdadera que ilumina a todo hombre, viniendo a este mundo. ¹⁰ En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por ella, y el mundo no la conoció. ¹¹ Vino a los suyos, y los suyos no la recibieron. ¹² Pero a todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre; ¹³ los cuales no nacieron de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de hombre sino que nacieron de Dios. ¹⁴ Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Unigénito, lleno de gracia y de verdad. ¹⁵ Juan da testimonio de él y clama: «Este era del que yo dije: El que viene detrás de mí se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo». ¹⁶ Pues de su plenitud hemos recibido todos, y gracia por gracia. ¹⁷ Porque la Ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo. ¹⁸ A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha contado».

El misterio de la navidad, el misterio del Niño-Dios, el misterio de la encarnación, el misterio de la divinidad, el misterio de Dios es el misterio de la Palabra. «En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios» (Jn 1,1). El misterio de nuestra divinidad y el misterio de nuestra humanidad, para Juan, el más místico de los místicos, gravita alrededor del misterio de «la Palabra». Los dijo el Águila místico después de tocar de cerca la esencia divina, la esencia misma del misterio. Éste día, día del nacimiento del Niños Jesús, la liturgia celebra, dicho de otra manera, el misterio de la Palabra. Lo acabamos de escuchar en el evangelio. Así lo dijo Juan, el apóstol predilecto del Señor. Juan lo dijo: la Palabra existía junto a Dios desde la eternidad, la Palabra moraba en el ser mismo de Dios y por medio de la Palabra Dios hizo todo cuanto existe. Todo por medio de la «Palabra» (1c). Escucha bien cristiano, desvelar el misterio de nuestra existencia consiste en desvelar el misterio de la Palabra. ¿Qué quieres decir con esto, Juan? ¿Estás divinizando la Palabra? ¿Por qué dices eso, explícanos, tú que fuiste elevando al séptimo cielo para contemplar el principio de todo principio, lo que existía antes de que existieran las cosas y el tiempo? ¿Hemos sido creados como Palabra? ¿Es eso, Juan? ¿La naturaleza del hombre, su esencia, su estructura fundamental, su identidad, su modo de ser, su manera de actuar, la búsqueda de su realización, etc., todo depende de la Palabra? ¡Dinos Juan! ¿Por qué la Navidad es misterio de la Palabra? Así lo has dicho y ha así quedo escrito para la eternidad. «La Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros» (14a). ¿Qué misterios esconde la Palabra, el Verbo, el Logos? ¿Qué misterio esconde el Niño colocado en el pesebre envuelto en pañales? Pregúntate cristiano, ¿Qué misterio esconde este Niño, a quien Juan lo ve como Palabra encarnada?

La Palabra

Todos hemos experimentado el uso de la Palabra. Lo usamos todos los días. Pero ¿Cuántos nos hemos preguntado sobre su existencia y su valor? Los filósofos son los que ahora vuelven a maravillarse del uso y de la función de la palabra. Escucha lo que dicen los filósofos analíticos y los filósofos del lenguaje. Impresionan sus impresiones. Abre tu corazón y maravíllate, alaba así la sabiduría infinita de Dios. La palabra es mágica entre los hombres, es misteriosa. Si te sientas junto a otra persona y no hablas, nunca sabrán lo que piensas, lo que recuerdas, lo que sientes. Nunca sabrás, viceversa, lo que el otro piensa, recuerda y siente. Solo si hablas te das a conocer. Solo si hablas transmites lo que piensas, recuerdas y sientes. La palabra hace ese milagro. Coge lo que hay en el fondo de tu corazón y en el baúl profundo de tus recuerdos o lo que existe en la esencia de tu ser, las metaboliza, las extrae y las expone al resto. No solo eso, desgaja para plantarlo en el corazón del otro. Cuando hablas, tus palabras no terminan en el pavimento sino en el corazón del otro, en el corazón del prójimo. La palabra es poderosa, es mágica, es misteriosa. Saca lo que hay dentro de ti y lo implanta en el ser del otro, de modo que su corazón acoge lo que dijiste. Allí es su lugar, allí reside y residirá. El filósofo alemán Heidegger lo había intuido muy bien: «el lenguaje es la casa del ser»; a lo que se podría añadir: «el corazón es la casa de la palabra». Atento entonces con lo que dices. ¿Qué palabras habitan en tu corazón? ¿Qué palabras moran dentro de tu ser? ¿Qué palabras llenan tu vida? Para nosotros seguramente son muchas y tantas, buenas y malas, positivas y negativas, entusiastas o pesimistas, motivadores o desalentadoras, alegres y horrorosas, vivaces y tristes. Pero también podemos preguntarnos, ¿Qué palabras habitan en el corazón de Jesús? ¿Qué palabras moran en el ser de Dios? ¿Qué palabras se comunican las tres Personas de la Trinidad que eternamente se hablan? Seguramente la palabra amor. Así lo reveló su Unigénito. Aquel que está desde siempre junto a Dios. Pues «Dios es amor» (1Jn 4,16). Pues, «tanto amó Dios al mundo que envió a su Hijo unigénito (la Palabra) para que todo el que crea en él no perezca sino tenga vida eterna» (3,16).

La Palabra

La navidad, según san Juan, consiste precisamente en celebrar este misterio, el misterio de la Palabra. Y lo celebraremos cada año y por los siglos de los siglos. La navidad que nos llena de gozo es el don de la Palabra. Qué dicha si la Palabra se hace carne y pone su morada en tu corazón (14a). Qué dicha si la Palabra-Amor se hace carne y habita en tu corazón. Qué dicha si te compenetras de este misterio. Renacerás (13a). La Palabra que hoy viene a tu corazón es distinta. Si la recibe te dará un nuevo poder, «el poder de hacerte hijo de Dios» (12b); es decir, el poder de hacerte palabra encarnada, el poder de hacerte amor encarnado, el poder de transmitir vida. ¡Qué misterio inefable! La navidad consiste justamente en eso. La gente sencilla como los pastores lo saben. En este día no hay espacio sino para una palabra de amor. En este día, todos debemos decir: «te amo, te quiero», como el Padre lo hizo con su Hijo. El tiempo y Espíritu nos lo exige. Es el misterio de la palabra. Haz que la palabra salga desde el fondo de tu corazón y entre suavemente en el corazón de la otra persona. Hoy es el día para vivir este misterio, expresando el amor; Hoy es el día para llenar el corazón del otro con una palabra de amor. Hoy es el día para adornar tu casa interior con una palabra de amor. Dios lo hizo, ¿Y tú?

Así como la navidad es el misterio de la palabra, lo contrario es más que triste, tristísimo, si queremos calificarlo de alguna manera. Cuántos pasaran hoy en soledad. Cuántos hoy no dirán, porque ya lo olvidaron, una palabra de amor. Cuántos hoy querrán oír

de nuevo un «te amo», un «te quiero», y no habrá nadie que lo diga. Cuantos hoy querrán decir un «te amo», un «te quiero»... y no sabrán a quién decirlo. En este día, Dios Padre dijo su Palabra, su palabra de Amor, Jesús su Hijo. En este día, por medio del Niño Jesús, su hijo, nos dijo nuevamente «te amo». Te amo desde siempre, te amo a pesar de tus pecados, te amo a pesar que te olvidas de mí, te amo a pesar de un año de indiferencia, te amo... te lo dice de nuevo el Señor, te lo dice en este día navidad... ¿Y tú?